



Desafiante. Miguel Rincón, el último en rendirse a la policía

Estocada ¿mortal? al Tupac Amaru

Guerrilleros peruanos. Después de un cruento enfrentamiento falta saber si está desarticulado

LIMA

Todavía resuenan las balas que el pasado 31 de noviembre cortaron el silencio del apacible y exclusivo barrio de La Molina. Los limeños se habían desacostumbrado a la adrenalina que les desataba, día a día, el terrorismo. La paz lograda por la política antisubversiva del presidente Alberto Fujimori se sobresaltó aquella noche por las ráfagas de metralleta. Pero nadie puede asegurar que el golpe fue definitivo.

Desde 1994 la ciudadanía pensaba que el Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA) había desaparecido de la faz política del Perú. Se creía que sólo unos cuantos militantes, sueltos y desorganizados, pululaban, cual asaltantes de caminos, en la selva central.

Desde hacía seis meses, la Dirección Nacional Contra el Terrorismo (DINCO-

TE) estaba informada de que un pequeño grupo del MRTA se reunía en La Molina. Esa noche decidieron intervenir y capturarlos, sin sospechar que la casa era un bunker. Tampoco sabían que allí se encontraba Miguel Rincón, el número dos del MRTA, preparando la toma del edificio del congreso para exigir la liberación de otros emerretistas presos: Víctor Polay Campos, el gran jefe, Cárdenas Sehulte y Lucero Cumpa, el primero ideólogo del movimiento y la segunda un alto mando militar, compañera de Polay Campos.

El enfrentamiento duró más de diez horas. A partir de las siete de la mañana del día siguiente, previas negociaciones, los subversivos comenzaron a rendirse, uno a uno, a intervalos de quince minutos.

Fuera de la casa —con los vidrios destrozados y los muros agujereados por los impactos de bala—, los esperaba el jefe de la DINCOTE, general Carlos Domínguez Solís, el sacerdote mexicano Juan Galle-

gos, miembros de la Cruz Roja y el periodismo que registraba la rendición.

Con una tranquilidad inusitada salió Miguel Rincón, quien sentenciando a los vivos y homenajeando a los muertos declaró: "Esta entrega es por un combate perdido. Sin embargo, la lucha revolucionaria continuará así no sea con nosotros".

Dentro de la casa, había un verdadero arsenal: 25 fusiles FAL, AKM, AK-43, 20 mil proyectiles calibre 7.62 y 9 milímetros, centenares de granadas, cohetes antiaéreos, propaganda, videos de entrenamiento terrorista y otros pertrechos.

En una de las habitaciones, con sus gruesos muros acondicionados para practicar tiro al blanco, vivió por más de tres meses, sin ver la luz del día, una quinceña de jóvenes menores de veinte años, reclutados en la selva central.

Su captura permitió verificar que éstos pertenecían al frente emerretista, que se daba por extinguido, "Juan Santos Atahualpa", nombre del más destacado guerrero ashaninka que los nativos guardan en su memoria. Juan Santos Atahualpa comandó hasta expulsar, en 1942, a las misiones franciscanas españolas que se encontraban en la selva central peruana.

Estos jóvenes estaban siendo entrenados para tomar el congreso. Entre los preparativos de inteligencia, dos mujeres, una de ellas la norteamericana Lori Helen Berenson, tenían la misión de estudiar la seguridad del edificio, al que entraban con carnets de prensa extranjera. El ataque —dijo la policía— iba a ser sangriento y encarnizado.

A Miguel Rincón, el único líder terrorista que presentó combate antes de ser capturado, le espera la cadena perpetua por el delito de traición a la patria. Queda por encarcelar el número uno del MRTA en libertad, Néstor Cerpa Cartolini. Según fuentes militares peruanas, se encontraría en Bolivia, organizando la línea internacional del MRTA.

Una estrategia para ganar tiempo, mientras en el Perú el movimiento se reorganiza para una nueva acción armada —que la policía halla poco probable— o una estrategia para subsistir gracias a las dádivas de algunos despistados, ilusos europeos que aún creen en el romántico sueño de la revolución.

La historia demostró que, hoy por hoy, rasguñando la puerta del siglo XXI las balas no provocarán los grandes cambios en América Latina. ■

VERONICA SAENZ